

Inquietudes desatadas: trayectorias y cultura política de radicalización en el movimiento estudiantil sanmarquino de los ochenta

José Carlos Medina Montes¹

¹ Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Correo electrónico: jmedinamo@unmsm.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0003-2519-9063>

Recibido: 27/11/2024. Aceptado: 02/10/2025.



<https://doi.org/10.18800/debatesensociologia/202502.010>

Inquietudes desatadas:

trayectorias y cultura política de radicalización en el movimiento estudiantil sanmarquino de los ochenta

RESUMEN

En este artículo describimos y analizamos la cultura política radical en la militancia de la izquierda estudiantil en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) durante la década de 1980, exponiendo la forma de producción del involucramiento y consolidación de los cuadros políticos estudiantiles, así como las limitantes y los escenarios críticos que conducen al fin de la cultura política que aquellos construyeron. Usando una metodología cualitativa de análisis, realizamos catorce entrevistas semiestructuradas a exdirigentes estudiantiles de la UNMSM. Evidenciamos que los entrevistados colaboraron con la reproducción de una infraestructura de disenso epocal cuya base cultural era una estructura de sentimiento de tipo clasista en su fase tardía.

Palabras clave: Cultura política, Radicalismo, Militancia, Movimiento estudiantil, San Marcos

Concerns Unleashed: Trajectories and Political Culture of Radicalization Within the Student Movement of San Marcos during the 1980s

ABSTRACT

In this text, we describe and analyze the radical political culture among left-wing student activists at the National University of San Marcos (UNMSM) during the 1980s, exposing the way in which student political cadres became involved and consolidated their position, as well as the limitations and critical scenarios that led to the end of the political culture they had built. Using a qualitative analysis methodology, we conducted fourteen semi-structured interviews with former student leaders at UNMSM. We found that the interviewees contributed to the reproduction of an infrastructure of epochal dissent whose cultural basis was a structure of class-based sentiment in its late phase.

Keywords: Political culture, Radicalism, Militancy, Student movement, San Marcos

INTRODUCCIÓN

En la década del ochenta del siglo pasado, el movimiento estudiantil en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), al igual que otros movimientos sociales peruanos, fue protagonista del final de un ciclo de articulación y movilización social denominado «clasismo». Este trabajo busca describir las experiencias de algunos de sus protagonistas, ensamblándolas en un cuadro explicativo de la cultura política de la época.

La investigación sobre radicalización juvenil peruana de los ochenta, haciendo uso de la teoría de la privación relativa, ha enfatizado en las expectativas generadas por la movilidad social de la «juventud popular» de las décadas anteriores (Cotler, 1986) que se enfrentó a un «bloqueo social» pese a la expansión de la oferta educativa (Cotler, 1987) y vio comprometido su acceso profesional (Portocarrero, 1970) produciendo un «resentimiento» engrosado por razones étnicas y de movilidad geográfica (Tueros, 1986). Al interior de este desfase, la forma que adquiere la educación de la época provee un instrumento de doble movimiento: por un lado, como ingrediente explicativo simplificador para la transformación radical, en lo que se denominó la «revolución de los manuales» (Degregori, 2011); y, por el otro, como elemento de prebenda, útil para beneficio del ascenso social sin proyecto colectivo (Lynch, 2019 [1990]). Por ello, no es extraño que el factor educativo se correlacione con la radicalización, la cual, aunque poco extendida socialmente, se concentra entre aquellos que pertenecen a la élite partidaria de izquierdas de la época (Torres, 1979). Pretendemos un aporte a la discusión del proceso de radicalización política en el siglo XX peruano con un énfasis menor en la desconexión de expectativas funcionales, subrayando más bien el papel destacado de las formas interactivas previas en la socialización, la producción de redes de significados y la agencia cotidiana de los actores situados que, al movilizarlas, condicionan la profundización o alejamiento de las lógicas de la radicalización.

Para el presente trabajo utilizamos una metodología de orden cualitativo, realizando catorce entrevistas semiestructuradas a exmilitantes de izquierda que fueron dirigentes estudiantiles en la UNMSM. Mediante la técnica de «bola de nieve» realizamos un muestreo por conveniencia, logrando acceder mediante cada nuevo entrevistado hacia otros agentes clave en el movimiento estudiantil sanmarquino de la época, conocidos suyos, pertenecientes a siete distintas organizaciones y partidos coexistentes del espectro izquierdista.

Debe destacarse que, durante el periodo de análisis, el movimiento estudiantil de la UNMSM estaba conducido por organizaciones de la nueva izquierda (derivaciones maoístas, castristas y mariateguistas), las cuales habían arrebatado al Partido Aprista Peruano (APRA) la dirección del estudiantado sanmarquino desde

la década del sesenta. Aun cuando existían elementos estudiantiles del APRA en competencia, su presencia en la UNMSM era numéricamente menor, y su impacto guarda poca relevancia explicativa para los procesos aquí descritos. Esta conclusión se extiende para el resto de organizaciones ubicadas a la derecha política del APRA.

Aunque consideramos haber alcanzado el punto de saturación obteniendo una muestra altamente representativa de la pluralidad de las organizaciones izquierdistas más destacadas en la UNMSM en los ochenta, es posible hallar aún más información en personajes que se muestran reticentes a presentar sus testimonios, probablemente debido a su participación en organizaciones políticas del presente. Es preciso referir que en este trabajo los nombres de todos los entrevistados aparecen codificados mediante seudónimos, a fin de resguardar su identidad y la de sus allegados.

Los entrevistados nacieron entre 1953 y 1967, por lo que el promedio de fechas de nacimiento data hacia finales de la década de 1950. Ello se corresponde con el hecho de que, en su mayoría, son hijos de las primeras olas de migración rural. Además, debe destacarse que, en el periodo de análisis, aquellos tenían entre 17 y 29 años, lo que implica que las experiencias narradas comprometen fundamentalmente los años de su primera juventud.

Durante el periodo en el que los entrevistados han nacido y desarrollado su infancia y adolescencia, en el Perú se produjo una inmensa movilización campesina por la recuperación de tierras (1950-1970) que rematará institucionalmente con el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (1968-1979). A nivel internacional, acontecimientos generacionales relevantes serán las guerrillas castristas y sus epígonos (1956-1979), la fractura del movimiento comunista internacional (1963-1964), así como las revueltas estudiantiles de Francia, China, Europa del Este, México y Estados Unidos (1966-1969).

En términos históricos, no menos importante es la insurgencia armada producida por el Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso (PCP-SL) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) a lo largo de la década de los ochenta en el Perú. Estas organizaciones subversivas tuvieron en los campus universitarios, como en el de la UNMSM, una presencia permanente que influenció en la marcha de los procesos de radicalización de una juventud estudiantil que experimentó, al interior de su institución educativa, la crisis producida por el conflicto armado interno (Comisión de la Verdad y Reconciliación – CVR, 2003, tomo V, pp. 633-659).

MARCO DE ANÁLISIS

La socialización política se produce a través de una *estructura de sentimiento*, la cual permite una específica forma de conducirse en los testimoniantes durante el despliegue de su trayectoria política juvenil. Aquella se define como la «cualidad

particular de la relación y la experiencia social, históricamente distinta de cualesquiera otras realidades particulares, que determina el sentido de una generación o de un periodo» en el que la experiencia estaría estructurada por «elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones» (Williams, 2000 [1980], pp. 154-155).

Las estructuras de sentimiento pueden ser dominantes (determinadas prácticas culturales impuestas como hegemónicas), residuales (vestigios de estructuraciones pasadas, a favor o en contra de la cultura dominante), o emergentes (tendencias formativas de estructuras por venir) (Cáceres & Herrera, 2014, p. 182). En su realización práctica, en la que conviven, se advierte la tensión dialéctica que produce los cambios sociales y culturales, inteligibles cuando dejan de ser emergentes (Matthews, 2001), expresándose la agencia humana como experiencia social reflexiva capaz de producir transformaciones en la legitimidad de cualquier orden establecido (Filmer, 2003).

Estas estructuras epocales (a modo de *zeitgeist* o «espíritu de un tiempo») se entienden en base a «unidades generacionales» específicas, cuya «conexión generacional» está formada por aquellos que se ven insertos en subjetividades y prácticas comunes en tanto «participación en el destino común de esa unidad histórico-social» (Mannheim, 1993, p. 221). Las unidades se definen por pautas que se sitúan alrededor de un «acontecimiento generacional» que conforma cierta «acción histórica relevante» para el conjunto de sujetos que participa (Gómez, 2014).

Particularmente, en el periodo comprendido entre la década de los sesenta y ochenta del siglo pasado, en América Latina se produjeron acontecimientos generacionales como hitos desencadenantes que, engarzados, operaron como marco histórico de una cultura política radical en la forma de «oleadas revolucionarias» (Martín Álvarez & Rey Tristán, 2012). Estos eventos desencadenantes de orden político, cultural y económico se estructuran en un nivel macro, mientras que la identificación e interacción social, así como las experiencias personales, permiten además la captación militante en un nivel micro (Dzhekova, 2016; Veldhuis & Staun, 2009).

La cultura política del radicalismo no conlleva un proceder irracional, sino que posee una «unidad de significado» que motiva la acción (Bittner, 1963) sujeta a normas y valores emergentes que producen interacciones entre movimientos sociales y el Estado (Della Porta & Haupt, 2012). El principismo y el identitarismo, reforzados por el aislamiento², desatan lógicas tribales y un «narcisismo colectivo»

² Este mecanismo es el que permite también la reproducción y profundización del fanatismo religioso. Pretus *et al.* (2018) verificaron que la predisposición a la violencia en función de los llamados «valores sagrados» es inversamente proporcional al nivel de vinculación social e involucramiento con otros círculos de actividad.

que produce en los agentes la búsqueda de trascendencia de la comunidad generada a partir de su reproducción y defensa (Maffesoli, 1998). Della Porta (2013) señala que la radicalización se nutre de aquello que denomina «escalamiento competitivo», por el cual la violencia se convierte en un incentivo necesario para los nuevos miembros generacionales en la acción colectiva, frente al poder de las estructuras institucionalizadas de liderazgo del movimiento social.

Para el caso a investigar, consideramos que la forma actuante de radicalismo en el periodo de análisis es la organización de tipo leninista, bajo la cual, a lo largo del siglo XX, la militancia marxista había sabido sostener la tensión en pugna entre los sectores teórico-prácticos que estructuran su proyecto: el romanticismo utópico, la revolución igualitaria y la tecnocracia modernista (Priestland, 2010). Este *zeitgeist* actuó bajo la forma de una *infraestructura de disenso*, esto es, una «amplia gama de organizaciones y redes que sirven de base al desarrollo de las capacidades de los activistas», la cual «provee los medios para (...) hacer conexiones y desplegar conocimiento de experiencia colectiva, destacando la habilidad de trabajar estratégicamente para el desarrollo de movilizaciones (...)» (Sears, 2014, pp. 5-6, traducción propia).

En estas redes infraestructurales se distinguen sujetos y relaciones de interacción específicas. Así, por un lado, se ubican los «revolucionarios complotadores», el núcleo de los militantes profesionales, y, por el otro, la «oposición politizada no violenta». Esta última es la llamada «base social», y guarda un mayor potencial por la flexibilidad de su origen y desarrollo como elemento de la estructura (Staniland, 2014). Según este autor, dependiendo de la fuerza que adopte cada elemento, las organizaciones al interior de estas redes pueden ser «vanguardistas», las cuales tienen fuertes lazos horizontales (capacidad de centralización de élites bien organizadas) con lazos verticales débiles (poca inserción real en comunidades locales); o «parroquiales», las cuales tienen lazos verticales fuertes (alta legitimidad de liderazgo) pero débiles lazos horizontales (fuerte localismo). En cualquiera de los casos, las redes de organizaciones vanguardistas y parroquiales generaban una gran infraestructura contrahegemónica que estaba provista de (i) memoria colectiva, en la forma de una «memoria prognóstica» (Traverso, 2018) que ubicaba las luchas pasadas como incentivos y expresiones vívidas de los conflictos presentes, vinculados a (ii) los sueños colectivos, el «horizonte de expectativas» (Koselleck, 1993) abierto por las luchas presentes y el «principio esperanza» blochiano, movilizador de la acción colectiva, o aquella «dimensión utópica» (Flores Galindo, 2007 [1990]) por la cual los actores podían dedicar gran parte de la vida, (iii) el aprendizaje colectivo, como resultado de las múltiples expresiones e instituciones en las que el sistema imperante era criticado produciendo finalmente una englobante (iv) cultura de solidaridad entre los oprimidos.

En tal sentido, existía una potencia sociopolítica en la convergencia reticular de proyectos de corte vanguardista con organizaciones sociales de base de tipo parroquial, siendo esta la comunión que otorgó fortaleza y permanencia a la infraestructura de disenso «clasista» en el Perú. En particular, consideramos plausible afirmar que el «clasismo» peruano (González, 2010; Balbi, 1989) es la hegemonía de la cultura política del leninismo entre los sectores populares organizados, en un escenario de migraciones internas en la búsqueda de ampliación de derechos ciudadanos y en el contexto de desarrollo de un modelo industrialista.

Mientras que la cultura política leninista brindaba la radicalidad necesaria para pugnar por la mejora de la calidad de vida y el reconocimiento —donde el maximalismo universitario tenderá progresivamente al aislamiento—; el desarrollismo industrial, además de fungir como promesa modernizadora, produjo, a niveles excepcionales, el «sujeto histórico» referido discursivamente: una clase obrera con características étnicamente subalternas. Así, constituyen espacios de participación y captación en las redes de organización que componían lo que podemos denominar un arco de sociedad civil «clasista».

La crisis del proyecto industrialista generó una fragmentación de las identidades y subjetividades obreras y populares (Tapia, 1994; Parodi, 1986), por lo que la actitud «clasista» de acciones radicales y reivindicaciones maximalistas cedió paso a la lógica de la sobrevivencia (Grompone, 1991), en la que solamente un sector de jóvenes sin expectativas de movilización social ubicó en la «alternativa heroica» la única salida (González, 2010). Un tipo de radicalismo político plebeyo, surgido como una «larga marcha» a principios del siglo XX (Rénique, 2015, 2022), vería su final en la desarticulación de la «infraestructura de disenso» construida, en parte, por los partidos leninistas peruanos cediendo el paso al inicio de una crisis política de legitimidad representativa, generalizada en la historia reciente.

INQUIETUDES QUE NACEN: TRAYECTORIAS PREUNIVERSITARIAS

En la década de los ochenta, se consolidó un fenómeno cultural que habría de denominarse la formación de la «idea crítica del Perú» (Portocarrero & Oliart, 1989), esto es, sentidos comunes e interpretaciones de la historia peruana (re)producidas en la década anterior gracias al reformismo político del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (GRFA) liderado por el general Juan Velasco Alvarado. Desde aquí se advierte: i) el impacto de la reforma educativa (1972) y una formación con contenidos progresistas (Oliart, 2018); ii) una trayectoria individual que desafía el tradicionalismo y la represión; y iii) el vínculo temprano con redes de organización y militancia política gracias a las infraestructuras de disenso construidas en aquella etapa.

Abel Jiménez recuerda:

Yo escucho hablar de Mao en mi clase, mi profesora nos contaba de la Revolución china, no porque fuera militante (...) era una profesora común y corriente. Era el clima de la época (...). Y ahí se me quedó grabado ese tema de la gente haciendo cosas juntos, trabajo colectivo (exdirigente de la UDP (MIR – Voz Rebelde), comunicación personal, 26 de octubre de 2018).

El «clima de la época» producía una convivencia tensional entre un estilo educativo tradicional y nuevas formas de enseñanza que, atadas a las visiones críticas de los docentes, impactarían en la trayectoria formativa de los futuros dirigentes universitarios. Podían convivir en una misma trayectoria personal una formación mesocrática y represiva representada en una escuela clerical oscurantista que prohibía el arte por considerarlo potencialmente subversivo; y, por otro lado, el estímulo a las artes y el deporte desde otro colegio también religioso, pero progresista, que desafiaba incluso los mandatos del gobierno militar.

Se desprende de ello que el momento político de grandes cambios nacionales pautaba los recuerdos más trascendentes de la infancia en torno a la escuela. La retórica nacionalista del reformismo militar no deja indiferente a ningún componente de la sociedad y define la cultura de la época (Hurtado, 2018). Rompe con la cotidianeidad y establece hitos que, revestidos de simbología, impactan en la formación de una conciencia generacional:

Yo estaba en el patio, había ido al servicio, salgo y lo veo a Daniel —que era el empleado que limpiaba todo, el que nos abría las puertas—. No había ninguna efeméride que yo supiera. Le digo «¿por qué?, ¿sigue el ocho de octubre?». «¿Cómo?, ¿tú no te has enterado que el presidente, el general Juan Velasco —con toditito así, Juan Velasco Alvarado— acaba de recuperar La Brea y Pariñas para nosotros los peruanos?». La Brea y Pariñas. ¡Qué sería!, pero nunca se me olvidó, y nunca se me olvidó el nombre de Velasco Alvarado. Ese hecho me hizo saber que teníamos un presidente, que era militar y que había recuperado La Brea y Pariñas (Manuel Arias, exdirigente del FER del Perú, comunicación personal, 28 de mayo de 2019).

Por su parte, el discurso crítico se reforzó a través de las redes de profesores que se vinculan al flamante Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana (SUTEP), el cual, pese a su oposición al velasquismo, utiliza los sentidos comunes institucionalizados, desarrollando su propia ventaja organizativa. En múltiples testimonios, los primeros recuerdos de un conflicto social se vinculan a la organización y represión de los docentes huelguistas contra el gobierno militar. Se produce una empatía y sensibilidad testimonial hacia quienes representan el rol de guías en la segunda etapa de la socialización.

En casos específicos, como el de Carlos Murillo o Máximo Julca, a la postre, ambos militantes del Partido Comunista del Perú – Patria Roja y exdirigentes de la Federación Universitaria de San Marcos (FUSM), el punto de inflexión de su camino militante se produce durante las huelgas del SUTEP, cuando sus trayectorias educativas y activistas convergen en un congreso en Huancayo, en el intento infructuoso de crear una Federación de Estudiantes Secundarios del Perú. Murillo es un ejemplo sintomático: se vincula a Patria Roja a través de sus profesores de colegio en la ciudad de Trujillo, los cuales construyeron una red con la dirigencia estudiantil universitaria de la ciudad, a la cual se unían los adolescentes secundarios por razones de pertenencia barrial o generacional. Esta infraestructura reticular lo mantiene vinculado cuando migra hacia Lima e ingresa a la UNMSM.

Como se observa, estos jóvenes sanmarquinos se convierten en cuadros activistas incluso antes de su ingreso a la universidad. Sea a través de las redes de docentes, sea mediante las conexiones con destacados dirigentes estudiantiles, la proyección militante se consolida mucho antes de la obtención de la vacante de ingreso. En otros casos, paradigmáticamente el de Manuel Arias, quien llegaría a ser presidente de la FUSM por el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) del Perú³, el «espíritu de época» influencia su trayectoria a través de las luchas sociales —en la forma de solidaridad con el sindicalismo pesquero y siderúrgico de Chimbote, su ciudad natal— sin la mediación necesaria de una militancia partidaria.

De este modo, al llegar a Lima e ingresar a la universidad, muchos de estos cuadros han atravesado dinámicas de acción colectiva, organización social o militancia política. Al vincularse y ser productores/transmisores de estas infraestructuras de disenso, van obteniendo una experiencia en su curso de vida que los inserta en la reproducción de las lógicas del clasismo.

A través del clasismo se despliega un lenguaje obrerista que busca la identificación de la militancia y el activismo con una clase trabajadora extendida sobre la base de las reformas industrialistas. Identificar la vivencia propia con la imagen del «sujeto de la revolución» les otorga a trayectorias como la de Tomás Calvo, obrero metalmeccánico desde muy joven, la idea de que tiene un estatus más importante entre sus propios correligionarios del Partido Comunista Revolucionario – Trincherá Roja. Haber sido trabajador industrial lo distingue del resto de dirigentes universitarios, y es probable que esta identificación lo lleve a ubicarse en las posiciones más radicalizadas en su espacio partidario.

³ El FER surgió como parte del trabajo universitario del histórico Partido Comunista peruano en la década del cincuenta. Hacia la década del setenta las múltiples fragmentaciones del partido también se reflejaban en estos organismos universitarios que compartían siglas. En la UNMSM dos grandes grupos del FER tuvieron primacía: el FER Antifascista (FER-A), un grupo fundamentalmente sanmarquino y autónomo, y el FER del Perú, el cual estaba vinculado a Patria Roja.

Sin embargo, el clasismo no era la única identidad que aparece problemática como variable destacada en el curso de la vida de los futuros cuadros juveniles. Tania Rioja, habiendo nacido en un pueblo quechuahablante, recuerda que «no se hablaba quechua en la casa», y revela los prejuicios étnicos existentes para con los migrantes andinos, aun cuando estos fueran parte de élites regionales:

En Barranca [es] donde sufrí *bullying*, ahora analizo. (...) Yo recitaba —una niña andina, seguramente mi acento, ¿no?, mi inocencia, en medio de las chicas de Lima— en primer año, y recuerdo que las chicas me ponían apodos: «¡Serrana!, ¡serrana!». Esa era la clásica a nosotros (exdirigente del FER-A y del PCP – Bandera Roja, comunicación personal, 12 de mayo de 2018).

La historia de Abel Jiménez es similar. La migración le otorga una conciencia del reordenamiento de su estatus cuando toma conciencia de la importancia de la procedencia y la pigmentación de la piel para las interacciones en las ciudades costeras:

Cuando descubro que soy cholo tengo así una imagen clarita: en una de mis vacaciones en Chiclayo —iba todos los años de vacaciones al club donde hacía natación—, una amiga de juegos (una niña con la que jugábamos y era carnaval) está en el juego y a la salida, con un chisguete le echo un poco de agua, todo inocente, niño, ¿no?, pero iba con su hermanita más pequeña (...) y le cae un poco de agua a la niña, a su hermana. Y la niña corre donde su mamá que estaba unos metros más allá y comienza a decir «¡mamá, ese cholo nos está echando agua!». Entonces yo me quedé... ¡Ah, puta!, a ver, aguanta, ¿no que yo era blanco? [risas] ¿En qué parte me volví cholo? (exdirigente de la UDP [MIR – Voz Rebelde], comunicación personal, 26 de octubre de 2018).

Cabe resaltar que la violencia entre pares en las primeras etapas de socialización no está determinada únicamente por la variable étnica, sino también por la de género, como precisa el propio Jiménez:

Yo creo que más que la discriminación étnica (...) es el tema de la identidad masculina (...). Ponte a pensar que estoy en tránsito entre los quince, los dieciséis y los diecisiete años, vengo de una historia de primaria y secundaria donde de alguna manera, por ser pequeño, por ser más débil, por ser un inútil en Educación Física te feminizan, ¿no? Y estás con el despliegue de las hormonas, entonces tienes una justificación ideológica para construirte una cosa y de pronto te presentan un pata como el Che (...) ser como el Che te resuelve problemas existenciales también bien concretos, ¿no es cierto? (exdirigente de la UDP [MIR – Voz Rebelde], comunicación personal, 26 de octubre de 2018).

Esta búsqueda de afirmación masculina se convierte en un compromiso con la tolerancia de importantes grados de violencia política en el desarrollo

de su militancia juvenil. A ello debe sumarse la familiaridad con las armas, propia de un estadio de tránsito hacia lo urbano con padres o abuelos que aún cazan en el monte. De este modo, la conexión de masculinidad, con las armas como su instrumento de afirmación, se torna en un referente práctico que puede ubicarse como un antecedente del tipo de actividades que desarrollarán en su militancia juvenil, conexión que es adaptada a través del lenguaje clasista.⁴

Por su parte, la participación femenina se nutría de estos esquemas y legitimaba el accionar del grupo como «justiciero» antes que radical, sirviendo al mismo tiempo para la captación de varones que se veían interpelados con la incursión de la mujer como activista o combatiente (Viterna, 2014). En contraste, tras el despliegue de la carrera militante, la mujer se hallaba nuevamente frente a los roles tradicionales de género. Al respecto, Dietrich (2018) muestra cómo la agencia militante sirve a las mujeres para escapar de ciertos roles de forma limitada, toda vez que, a nivel doméstico, la «compañera política» tiende a ser relegada como la «pareja afectiva», reproduciendo nuevamente esquemas tradicionales. Así habría ocurrido con Tania Rioja, quien, pese a afirmar que nunca se sintió relegada por su condición de mujer para las tareas de su organización, demuestra lo antes referenciado:

Yo era presidenta del Frente Popular de Mujeres, me tocaba ya ir a Albania — siempre las presidentes iban a Albania—, abandoné todo eso al casarme. Mi esposo me dijo «oye ese viejo [Saturnino Paredes] está enamorado de ti, mira esta poesía» (...) [un compañero] se ponía hablar con mi esposo y le dijo «Paredes es así, una vez una compañera de Cañete también se quejó». Ya se había retirado pues él, y había ido solamente para terminar de alejarme de Paredes. Entonces ya no fui, abandoné el cargo porque ya, mi esposo también era machista, no me permitía ni ir con la gente de antes. Prácticamente abandoné el cargo, le dije nomás a las compañeras: «Ya no voy a poder seguir, búsqúenme un reemplazo» (exdirigente del FER-A y del PCP – Bandera Roja, comunicación personal, 12 de mayo de 2018).

En consecuencia, aunque el discurso estaba centrado en la identidad de clase, en su trayectoria existen variables como la etnicidad y los prejuicios raciales, así como los esquemas de género, moldeando el arquetipo de militante con el que se identificarían, y que, en algunos casos, se muestra como insuficiente para superar los roles tradicionales asignados y las prácticas culturales que estructuran sus interacciones.

⁴ Entre 1960 y 1980, la centralidad del cuadro revolucionario pasó del obrero hacia el universitario. Los imaginarios de lo masculino transitaron entonces del ideal de masculinidad del proveedor familiar, al del transgresor cultural. El primero conformó el perfil militante de los clásicos partidos comunistas, el segundo, de las organizaciones de la nueva izquierda (Mallon, 2003).

NUDOS DESATADOS: LA CULTURA POLÍTICA RADICAL EN SAN MARCOS

«Por experiencia vivida más que por ideas aprendidas»

Para individuos como Tania Rioja, que vivió una infancia en un medio rural soñando con la santidad, la promesa de la redención social a través de la épica victoria de una revolución campesina se convierte en nuevo mito. No sorprende por ello que el maoísmo tomó ventaja ideológica entre vastos sectores del estudiantado. Toda vez que las redes acumulaban un trabajo organizativo de más de una década, los nuevos cuadros se insertaron rápidamente en tareas con otros individuos desarraigados, pero capaces de vincularse con elementos culturales compartidos del mundo rural.

La militancia en la universidad se iniciaba usualmente en la búsqueda de una mínima organización ante un paisaje caótico que interpelaba a la acción. Por ejemplo, Rebeca Donato, exmilitante del Partido Comunista Revolucionario – Clase Obrera (PCR), recordando su paso por la Facultad de Letras, señala que su primer compromiso organizativo fue para pintar las paredes llenas de «pintas» (consignas escritas en las paredes), frente a la negativa del FER Antifascista.

Al respecto, las pintas tenían un propósito racional: además de representar e incitar la emoción política de una época, eran la prensa más visible.⁵ Por entonces, más allá de la reproducción artesanal de panfletos y carteles, no existían muchos mecanismos para generar fórmulas visuales de duradero impacto. Eran también huellas mnemotécnicas de los discursos teóricos, desde luego, atados a la acción política revolucionaria:

Acá en Derecho en este segundo piso había un tremendo cartel, siempre me acuerdo, inmenso porque esta pared es grande. (...) Y ahí estaba un lema que yo nunca lo he olvidado, decía así, en letras grandes, así, y yo me he sentido reflejado: «Me he vuelto revolucionario, no por ideas aprendidas, sino por experiencia vivida» Cesar Abraham Vallejo Mendoza. Ese fue uno de los símbolos de San Marcos de esa época que más me cautivó. Era una expresión concreta. Cumplía la misión, conmigo ha cumplido la misión (Mario Ortega, exdirigente del FER-A, comunicación personal, 9 de octubre de 2018).

La «experiencia vivida» a la que refiere la cita vallejian, en los casos de Belisario Juárez, Carlos Murillo o Máximo Julca, los vincula con el trabajo del FER del Perú. Estos subrayan la preponderancia que se daba desde esta organización a la política

⁵ La intervención de la dictadura cívico-militar en los noventa asoció las paredes pintadas de las facultades a la presencia subversiva (que también pintaba muros para hacer propaganda). Sin embargo, la escritura mural ha sido siempre una fórmula cultural de resistencia de comunidades subalternas que acceden a la lectoescritura desde los orígenes de la vida urbana. En todos los picos de protesta social, revuelta, insurgencia o revolución política, los muros pintados han sido también la expresión de una época (Castillo, 1997; Kozak, 2004).

de conducción institucional universitaria. Aquí la militancia solo engarza una red previamente construida desde sus territorios de origen. La infraestructura de disenso (partidaria y gremial) se fortalece con cada nueva experiencia en sus trayectorias.

Para otros, como Gastón Jurado o Camilo Díaz, la militancia se produce por las inquietudes surgidas en un ambiente politizado, movilizándolo su intención de ser parte de esta tradición. Se contrastan así dos formas de incorporación: un primer modelo de atracción de militancia ligado a la memoria familiar, frente a un modelo de captación típica a partir de un escenario politizado, pletórico de símbolos (Della Porta, 2013).

En un tercer modo, otros casos refieren a la presencia de una amistad que sirve de puente con la red organizativa. La afectividad se convierte en activismo y este, a su vez, en militancia política. Ese parece ser el caso de Melquíades Damián, quien conoce a los dirigentes antifascistas en su trabajo gremial en solidaridad con las huelgas de pescadores y maestros a finales de los setenta.

A diferencia de quienes militan en el FER-A y el FER del Perú, aquellos que se vinculan al PCR recuerdan más a una organización mejor cualificada en términos académicos. Así lo reporta César Jáuregui, quien advierte que los amigos que lo convocaron lo hicieron porque promovía alternativas y propuestas escritas no solo para la política, sino para los contenidos de su carrera.

Por todo lo antes visto, la adhesión militante se produce básicamente por tres razones imbricadas: i) una red de participación social previa con características generacionales compartidas, ii) latentes inquietudes culturales, dialogando con su reinterpretación en los cursos académicos y en los discursos teóricos y políticos universitarios y iii) el ambiente activista universitario con redes afectivas y efervescentes imágenes políticas de convocatoria. La adscripción política izquierdista se produjo por la confluencia de más de una de estas variantes de socialización y su reproducción práctica. De este modo, la infraestructura de disenso era una condición necesaria pero no suficiente para el involucramiento con la política radical de izquierdas.

Una característica central de esta cultura política radical en San Marcos era la constante confrontación que se producía entre las organizaciones de izquierda. Cada nueva escisión, por desacuerdos ideológicos y programáticos minúsculos, era garantía de disputas que se desplazaban rápidamente de los calificativos hasta convertirse en grescas físicas extensas en duración y participantes.

En los ochenta, la insurgencia armada legitimó, entre estos sectores, el uso de recursos bélicos, conduciendo las pugnas interorganizacionales a una violencia cada vez menos controlada:

Si se analiza la dinámica de una barra brava es exactamente la misma lógica: despliegue de testosterona, masculinidad, afirmación de grupo, tribu urbana, ese tipo de cosas que tienen muy poco que ver con la ideología. Se disfrazaba de

radicalidad, de códigos de respeto, ese tipo de tonterías. Eran manifestaciones de fuerza. Y lo que hacía que el FDR⁶ —que era más pequeño— fuera respetable, era que tenía detrás a Sendero y al MRTA, o sea, por el lado de la UDP, el MIR en proceso de afiliación con el MRTA; por el lado del FER [Antifascista], por ahí con unos contactos no muy claros hacia Sendero (...) Entonces, tenías eso detrás. Digamos, «me haces algo, viene mi papá y te pega», era más o menos eso (Abel Jiménez, exdirigente de la UDP [MIR – Voz Rebelde], comunicación personal, 26 de octubre de 2018).

De este modo, la pugna con la subversión armada reclamó de los militantes el uso de recursos similares que, en algunos casos, implicaron mucha audacia personal: desde aprender artes marciales, hasta conseguir o construir armas de fuego.

En otros casos, los militantes conocían la existencia de un aparato capaz de lidiar con la violencia autoritaria del PCP-SL, una agrupación que, por tradición heredada, se desdeñaba como muy pequeña, pese a conocer su paso hacia la insurgencia armada.⁷ Manuel Arias recuerda que miembros de Patria Roja «escarmentaron» a varios sende-ristas implicados en una escalada de violencia contra el FER del Perú en la Ciudad Universitaria. En su testimonio, como en el de Camilo Díaz, que reproducimos a continuación, se evidencia el tipo de códigos compartidos para alcanzar prestigio en un espacio radicalizado, visto siempre desde una óptica de virilidad impositiva:

La historia de San Marcos ha sido la historia de las broncas de San Marcos, y la historia de las broncas de San Marcos es la parte épica del movimiento estudiantil sanmarquino (...). Los cuadros burócratas, los burócratas por excelencia, no escriben la épica de un partido, la épica de un partido la ha escrito su elemento armado. En el tiempo de San Marcos que yo he vivido, si tú perdías una bronca, mano a mano, tus camaradas no te hablaban; si tú te chupabas en una bronca de San Marcos, las mujeres te escupían en el rostro al paso (exmilitante de Patria Roja, comunicación personal, 26 de marzo de 2019).

Los militantes radicalizados se hallaban situados en lo que Della Porta (2013) llama escenarios de «escalamiento competitivo». Allí la acción de un referente en competencia es vista como un desafío inmediato para el otro en el espacio interactivo, como monitor de su propia moralidad actuante (Scott & Lyman,

⁶ Frente Democrático Revolucionario (FDR), frente político que vinculó, en la UNMSM, a los sectores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) – Voz Rebelde, cuyo espacio público en la década de los ochenta era la Unidad Democrática Popular (UDP), con los restos del FER Antifascista.

⁷ Los testimonios refieren que a principios de los ochenta los afanes del PCP-SL son propagandísticos y la mayor parte de sus acciones son realizadas por militantes externos a la universidad. Recién hacia finales de los ochenta se ven comprometidos números más importantes de militantes estudiantiles.

1970, p. 76). Un ejemplo prístino lo ofrece el recuerdo de Melquíades Damián, quien recibió un balazo policial durante una manifestación, buscando parecer más «consecuente» que un colega a quien tildaba de «reformista» en el afán de demostrar quién se ubicaba más adelante en la barricada (exmilitante del FER-A y de la UDP [MIR – Voz Rebelde], comunicación personal, 19 de enero de 2019).

Para los participantes, la actividad política se identificaba con formas conten-ciosas de resolución de conflictos. La razón debía estar representada con la fuerza de los puños u otros dispositivos de confrontación. El conocimiento del uso de armas se convierte no solo en un capital cultural, sino en capital simbólico para elevar el estatus del cuadro militante.⁸ El uso de estas incrementa la violencia, justificada en la lógica de «defensa necesaria» en un proceso circular de «adaptación recíproca» (Della Porta, 2013). Como se observa, no se trataba de un fenómeno creado por las organizaciones armadas. Si bien ellas brindan un marco referencial que añade las armas de fuego como elemento legítimo para la refriega, en las numerosas confron-taciones entre las organizaciones izquierdistas universitarias, estas se convierten en víctimas de su propia cultura política.⁹

El pragmatismo identitario y la construcción de la «épica» que proporcionaba el tribalismo confrontativo servía como instrumento para consolidar jerarquías y dificultar la movilidad orgánica al interior de sus propias agrupaciones. Mediante la especialización de los cuadros juveniles en tareas «militares», aquellos no proble-matizaban —cual soldados rasos— el hecho de quedar al margen de las decisiones políticas fundamentales. Dicha funcionalidad permitía su instrumentalización por parte de la dirigencia, toda vez que el «cuadro político-militar» como recuerda Camilo Díaz, «no podía participar como cuadro público, tenía que pasar a segundo nivel, estar tras bambalinas» (exmilitante de Patria Roja, comunicación personal, 26 de marzo de 2019). Así, los espacios políticos de control jerárquico quedaban reservados siempre para otros.

«Si el partido hubiese dicho “¡vamos a la guerra!”, todos hubiésemos ido»

Luego del experimento velasquista, los jóvenes universitarios que ingresaron a la vida pública hallaron en las lógicas leninistas una fórmula modernizadora alternativa, frente a experiencias excepcionales y prácticamente desconocidas de democracia

⁸ Capital cultural en tanto era un recurso útil para el desarrollo de las actividades partidarias — incluidas las reyertas— de la época; capital simbólico porque la práctica «militar» hace al militante respetado (y temido) por sus adversarios, como revelan varios testimonios. Poupeau (2007) propone la noción de «capital militante», en donde ambos modos de capital podrían imbricarse.

⁹ La cultura de la confrontación política intrauniversitaria es longeva. Aunque sus orígenes modernos podrían rastrearse hasta el siglo XIX, la izquierda sanmarquina era claramente heredera del estilo «defensista» legado por la tradición hegemónica aprista en el campus universitario.

institucional. En este sentido, una vanguardia de cuadros especializados y a dedicación exclusiva para la realización del proyecto revolucionario, y sus lógicas derivadas como eran el «centralismo democrático»¹⁰, la clandestinidad y la «compartimentación»¹¹, se convierten en una metodología legítima, debido a las referencias que tenían respecto de su alto nivel de eficacia en realidades políticas fuertemente represivas.

En las organizaciones más cercanas a la insurgencia (o aquellas de discurso insurreccional), las prácticas leninistas coincidían con una mística ritual que le otorgaba al militante un aura de trascendencia, convirtiéndolo en un cuadro-apóstol:

Y tenía su ritual también, al iniciar la reunión y al terminar la reunión, siempre con mística, levantando a los héroes del socialismo mundial, a los héroes del Perú, Luis de la Puente, Mariátegui (...). Aunque al comienzo (...) me tomé con la sorpresa que éramos cuatro [risas] (...). Yo dentro de mí decía «pucha que nos han engañado», pero no era así. Lo que pasa es que la gente se estaba preparando para otras cosas, ¿no? (...) Eso también genera mi admiración y mis ganas de militar, inmiscuirme mucho más, de asumir, tomar riesgo (Melquíades Damián, exmilitante del FER-A y de la UDP [MIR – Voz Rebelde], comunicación personal, 19 de enero de 2019).

El desconocimiento operaba como un recurso para construir la creencia de que la organización era un aparato poderoso, desconocido por poderoso, aun cuando sus números fuesen mínimos. Ello incidía en la decisión de ahondar en la entrega y participación. El poder real del aparato era la consolidación práctica de las acciones cotidianas de una red de cuadros motivados y comprometidos en nombre del «partido». El aprovechamiento de la fórmula por parte de la dirigencia derivaba en el anquilosamiento de las estructuras organizativas.

La radicalización de la opción estratégica (la revolución), la comprensión de la política únicamente en términos contenciosos y una praxis orgánica específica para tal finalidad, representan las características del radicalismo sanmarquino de los ochenta. La insurgencia del PCP-SL impacta en medio de las transformaciones que operaban en las organizaciones de izquierda, las cuales se inclinaban por la vía institucional, sin abandonar por completo aquella cultura política. En medio de aquel giro, las modificaciones de actuación y discurso, no se van a producir sin cuestionamientos, cismas y enormes contradicciones internas entre las bases radicalizadas (Pásara, 2022).

¹⁰ Mecanismo decisional por el cual, en teoría, los acuerdos escalan a través de estamentos hasta llegar a un vértice que lidera la organización y que los hace cumplir. En la práctica devino en control personal o de una pequeña élite sobre el conjunto del aparato.

¹¹ Método organizativo por el cual un componente no tiene la posibilidad de conocer lo que otro sector realiza. Fue de enorme eficacia bajo regímenes policíacos, pero entrañaba una lógica antidemocrática, propia de formaciones militares.

El inicio de la actividad subversiva hace pasar de la retórica a la actividad de la revolución. Si la generación del setenta conocía historias sobre la insurgencia armada en otros tiempos y latitudes, para la generación ochentera dicho fenómeno ahora tocaba las puertas de la propia realidad. A decir de Miguel Morales, militante del Partido Unificado Mariateguista (PUM):

Sendero estaba marcando el compás, el ritmo (...) y el partido se divide por el tema del brazo armado. Un grupo sostiene que el país se va hacia la guerra ¿no es cierto? y que ya no hay otra opción, y que frente a eso el partido tiene que crear un brazo armado (comunicación personal, 22 de julio de 2019).

En su testimonio, como en el de Abel Jiménez, se sostiene que la «literatura de autoayuda» de su generación —las crónicas y relatos de los revolucionarios de las décadas anteriores—, infundieron en los jóvenes militantes revolucionarios una «vocación suicida» o un «clima mortícola» en el que el futuro era visto como la memoria conmemorativa del sacrificio pasado. El cuadro-apóstol se convertía de esta forma en el cuadro-mártir.

Frente al fatalismo pesimista de no-futuro entre la radicalizada juventud de los sesenta en Estados Unidos, analizado por Arendt (2005), nos hallamos ante un fatalismo optimista en el cual la muerte se vuelve trascendente debido a la fe puesta en la conquista del futuro por el conjunto del movimiento social en el que se inserta el sujeto inmolado. El hipervoluntarismo nacido de la juventud de los sesenta se heredaba al radicalismo de los ochenta como la forma más coherente de actuación, dada la eficacia (limitada) de su empresa, pero, sobre todo, por la impronta heroica de su causa reproducida en el imaginario juvenil. Esta había construido una poderosa estructura de sentimiento que los movía a seguir sus pasos:

Esa mística de aquella época, ese compromiso de dar todo... Yo me acuerdo de que si en esa época, si el partido hubiera dicho «¡vamos a la guerra!», todos hubiéramos ido (...). Tienes que tener en cuenta que [en] nosotros en ese momento había mucha influencia de la Revolución cubana, los movimientos de Praga de los sesenta, la guerra del Vietnam, el hippismo, todas esas cosas, había en los jóvenes una efervescencia (...) ese era un sueño que de alguna manera todos mis amigos de esa época, independientemente de cuál hubiera sido su orientación política (Máximo Julca, exmilitante de Patria Roja, comunicación personal, 13 de abril de 2019).

Este «compromiso de dar todo» es realmente un compromiso moral fundado en un *ethos* que abarcaba «una condición sacrificial de disciplina y autonegación» (Traverso, 2022, p. 361) muy cercana a las formas militares de conducta, probablemente heredadas de la tradición leninista arriba descrita. Esta vinculó de forma sagaz la ética de la convicción (el uso de la violencia armada revolucionaria)

con la ética de la responsabilidad (la subordinación del interés individual por el objetivo partidario).

Por ello, la Revolución nicaragüense se convierte, en la mayor parte de los recuerdos, es un acontecimiento generacional de gran impacto. Para aquellos militantes universitarios que habían nacido bajo la influencia de la Revolución cubana, la victoria sandinista de 1979 proveyó renovadas expectativas sobre la efectividad del camino insurreccional, más aún si se atiende que —como en Chile— había un fracaso aparente de otras vías para alcanzar objetivos similares (Hobsbawn, 2017 [1971], p. 315). Y la universidad se convierte, para estas expectativas, en un espacio privilegiado para la formación de cuadros especializados antes que para el cumplimiento de sus funciones institucionales. Por ello, cuando aparece en el horizonte la acción subversiva del PCP-SL, la izquierda, con su retórica insurreccional, se ve desafiada:

Bueno, viene Sendero y les dice «ya está la guerra, ya está formado el frente, el partido y el ejército, faltan ustedes». «No, pero compañero...», «no, no, no, no, faltan ustedes, es su decisión compañeros, de una vez, o están con la guerra o están contra la guerra, punto». Estamos hablando del año ochenta, de fines del setenta y nueve a inicios del año ochenta ya hay una carrera de definiciones, y de cuadrar uno por uno a mucha gente y decirle «¿dónde estás tú? (...), o sigues perdiendo el tiempo en la universidad, delirando contra Patria [Roja], contra estos, o te sumas a la guerra» (Camilo Díaz, exmilitante de Patria Roja, comunicación personal, 26 de marzo de 2019).

La militancia se debatió entre la aceptación coherente de asumir el discurso sostenido por más de una década, o moverse paulatinamente hacia posiciones que los ubican por fuera del espectro insurgente. La opción final tiene poco que ver con una gran discrepancia con el camino emprendido por los actores armados, y más bien, se trató de un acatamiento disciplinado de la postura política de sus organizaciones, con las que se hallaban plenamente identificados.¹²

La aceptación de quedar fuera del proceso insurgente produce, a decir de Tomás Calvo, un sentimiento «vergonzante» (exmilitante del PCR – Trinchera Roja y del PUM, comunicación personal, 16 de febrero de 2018). Estas «sensaciones de traición» son propias de la coincidencia entre la institucionalización de movimientos

¹² Tania Rioja indica que ella siempre estuvo «bien mentalizada de ir a la lucha armada, pero pensando en Bandera [Roja]». Cuando los senderistas la convocaron, se negaba diciendo que «no están haciendo bien, así no tenía que ser». Melquíades Damián, es más contundente:

Yo creo que, si no hubiera habido otro proyecto diferente, guevarista, delapuentista, respetuoso de la autoridad popular, de otras fuerzas de izquierda, que tenía referentes en el campo internacional, de repente, si no hubiera habido eso, yo hubiera terminado tal vez en Sendero, ¿no? (exmilitante del FER-A y de la UDP [MIR – Voz Rebelde], comunicación personal, 19 de enero de 2019).

previamente existentes y la emergencia de grupos armados (Della Porta, 2013, p. 120). Además, varios testimonios apuntan que se va produciendo una situación de ambivalencia y hasta «doble militancia» entre algunos cuadros, sobre todo a partir del surgimiento del MRTA como opción insurgente.

Los radicalizados militantes universitarios no vieron en la apertura democrática los cambios socioculturales producidos por el reformismo militar, el colapso de la economía desarrollista y el ascenso neoliberal, fenómenos suficientemente profundos como para despreciar por completo la estrategia insurgente. Así, contribuyeron al sostenimiento de una última etapa en la infraestructura de disenso que vinculaba la militancia leninista con el movimiento popular, mediante cierta cultura política en la forma de una estructura de sentimiento, que inició un periodo residual, al que denominamos *clasismo tardío*.

Eran tiempos liminales. Los esquemas ideológico-afectivos que (los) habían constituido, no acompañaban los acelerados cambios en la estructura social y cultural de la época y se inician los cuestionamientos sobre la propia acción:

Esas paredes que rodeaban la universidad eran mucho más que paredes, era como ingresar a otro mundo, tú salías de la universidad y la vida discurría (...), lo que pasaba ahí adentro era otra cosa. Entonces, esta brecha era enorme, pero además de la brecha era la pregunta el ser estudiante (...) ¿es simplemente para que yo gane adeptos y luego los mande al frente campesino, al frente barrial o a la lucha armada? o ¿el hecho de ser estudiante (...), y nuestra tarea de producir conocimiento, tenía un papel en la disputa política, o sea producir saberes, alimentar de argumentaciones? (Gastón Jurado, exmilitante del FER del Perú y del PUM, comunicación personal, 29 de mayo de 2019).

Este complejo de sobreideologización y radicalismo a destiempo convence a algunos de ellos de la necesidad de vincularse a la insurgencia, sin suponer en aquel momento que el movimiento social peruano en su conjunto se encaminaba a una derrota de hondas repercusiones.

El clasismo, la estructura de sentimiento que era marco referencial para la actuación militante durante dos décadas, cedía el paso a la apatía, el nihilismo y la contracultura subterránea, la cultura suburbana y, prontamente, al apoliticismo que le sucedería con éxito extendido en los sectores estudiantiles hasta finales de la década de los noventa, cuando volverán a surgir otros proyectos izquierdistas juveniles. Estas nuevas tendencias cuya presencia no fue tomada en cuenta por las radicalizadas vanguardias, ocupaba su lugar como estructura emergente. Se producía así un proceso de interregno de la cultura política estudiantil que se desplazaba del vanguardismo militante hacia formas menos ideologizadas y más fragmentadas y ambivalentes entre los universitarios sanmarquinos.

CONCLUSIONES

La socialización política de los primeros años de vida de los entrevistados se produce entre redes de maestros militantes que construyen una sensibilidad social alimentada por una cultura letrada que se reproduce desde la escuela. En muchos casos, aquellos se convierten en los primeros referentes organizativos de un movimiento social en plena ebullición. Estas inquietudes se atan a sus trayectorias de vida con una marca afectiva que trascendió en la forma de hitos generacionales como las huelgas del SUTEP.

El *zeitgeist* o «espíritu de época» del paso de su adolescencia a la primera juventud está marcado por la cultura progresista desarrollada bajo las transformaciones producidas por el reformismo militar del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. No solamente se construye una infraestructura de disenso sobre la base de una estructura de sentimiento clasista, la cual coloca al obrero industrial como sujeto central de sus motivaciones ideológicas, sino que aquella articula sus trayectorias en formaciones reticulares que demandan de ellos un compromiso de actuación que los convierte en cuadros-apóstoles y, eventualmente, en cuadros-mártires.

En este periodo, la migración interna de la que son herederos los confronta con las desigualdades y exclusiones por motivos étnicos, y el clasismo opera en sus vidas como el marco histórico en el que se produce el reordenamiento de su estatus, siendo relevante incluso para explicar la performatividad genérica de virilidad dominante que requiere el cuadro revolucionario. Las redes parroquiales que conocen en sus regiones de origen se convierten en estructuras de vanguardia en los claustros de la UNMSM, las cuales les otorgan sentido en medio del proceso de desarraigo.

En la presente investigación hemos determinado que la adscripción a la cultura política de izquierdas en la UNMSM de la década de los ochenta se produce por la confluencia de las mencionadas redes de participación previas con elementos generacionales compartidos, un bagaje cultural progresista que encuentra ecos en los contenidos académicos, teóricos e ideológicos de la época y un ambiente activista universitario con símbolos que conectan afectivamente a sus miembros.

A su vez, hemos aportado a la discusión sobre el tema de la radicalización en el siglo XX peruano, resaltando que la característica de esta cultura política izquierdista estaba basada en la necesidad de la revolución como única alternativa de comprensión de la dimensión política. Por ende, su reducción a los procedimientos contenciosos de actuación, a su vez, resolvió en la formación organizativa de espacios especializados para tales fines. En el proceso de interacción de los miembros de estos espacios se produce un escalamiento competitivo de la acción radical que los conduce a colocarse en posiciones cada vez más extremas o riesgosas.

En el contexto del inicio y desarrollo de la insurgencia subversiva, el uso de armas de fuego, la clandestinidad, la compartimentación y toda forma de resolución contenciosa de los desacuerdos, se extiende como un comportamiento regular entre los distintos espacios de militancia radical universitaria. Al mismo tiempo, en este periodo se desestructura progresivamente la base reticular clasista y, con ella, se inicia una descomposición de esta estructura de sentir, ingresando a una fase residual que hemos denominado clasismo tardío. Los jóvenes militantes se debatieron entre aceptar con sentimientos de traición el cambio de la opción estratégica que habían sostenido por años, o apostar por una mayor radicalización, hasta que el movimiento social al que sus inquietudes habían anudado los deja como hilos desatados frente a nuevas formas emergentes de experimentar la vida universitaria.

REFERENCIAS

- Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia*. Alianza Editorial.
- Balbi, C. R. (1989). *Identidad clasista en el sindicalismo: su impacto en las fábricas*. DESCO.
- Bittner, E. (1963). Radicalism and the Organization of Radical Movements. *American Sociology Review*, 28(6), 928-940. <https://doi.org/10.2307/2090312>
- Cáceres, J., & Herrera, H. (2014). Las formas fijas y sus márgenes: Sobre «estructuras de sentimiento» de Raymond Williams. Una trayectoria. *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 29(1), 173-191. <http://doi.org/10.4067/S0718-23762014000100010>
- Castillo, A. (1997). «Paredes sin palabras, pueblo callado». ¿Por qué la historia se representa en los muros? En B. Gimeno & M. Mandingorra (Eds.), «Los muros tienen la palabra». Materiales para una historia de los *graffiti* (pp. 213-245). Universidad de Valencia.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación – CVR (2003). *Informe Final*. CVR.
- Cotler, J. (1986). La radicalización política de la juventud popular en el Perú. *CEPAL*, 29, 109-120.
- Cotler, J. (1987). La cultura política de la juventud popular en el Perú. En N. Lechner (Ed.), *Cultura política y democratización* (pp. 127-148). CLACSO, FLACSO, ICI.
- Degregori, C. I. (2011). *Qué difícil es ser Dios: el Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999*. IEP.
- Della Porta, D. (2013). *Clandestine Political Violence*. Cambridge University Press.
- Della Porta, D. & Haupt, H.-G. (2012). Patterns of Radicalization in Political Activism: An Introduction. *Social Science History*, 36(3), 311-320. <https://www.jstor.org/stable/23258102>
- Dietrich, L. (2018). La ‘compañera política’: mujeres militantes y espacios de ‘agencia’ en insurgencias latinoamericanas. En A. Guiné (Ed.), *Género y conflicto armado en el Perú* (pp. 33-75). La Plaza Editores.

- Dzhekova, R. (2016). Theoretical Frameworks and Concepts. En R. Dzhekova, N. Stoyanova, A. Kojouharov, M. Mancheva, D. Anagnostou, & E. Tsenkov (Eds.), *Understanding Radicalisation. Review of Literature* (pp. 7-26). Center for the Study of Democracy.
- Filmer, P. (2003). Structures of Feeling and Socio-Cultural Formations: The Significance of Literature and Experience to Raymond Williams's Sociology of Culture. *British Journal of Sociology*, 54(2), 199-219. <https://doi.org/10.1080/0007131032000080203>
- Flores Galindo, A. (2007). Reencontremos la dimensión utópica. Carta a los amigos. En *Obras completas* (pp. 381-390), t. VI. Sur, Casa de Estudios del Socialismo.
- Gómez, A. (2014). 1956-1966: Huelgas estudiantiles en la Universidad de Michoacán. *Universidades*, (61), 19-36. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=37333039004>
- González, O. (2010). *La academia y el ágora. En torno a los intelectuales y política en el Perú*. UNMSM.
- Grompone, R. (1991). *El velero en el viento. Política y sociedad en Lima*. IEP.
- Hobsbawm, E. (2017 [1971]). Los intelectuales y la lucha de clases. En *Revolucionarios* (pp. 346-377). Paidós.
- Hurtado, L. (2018). Velasco, retórica nacionalista y cultura militar en el Perú de la Guerra Fria. En C. Aguirre & P. Drinot (Eds.), *La revolución peculiar. Repensando el gobierno militar de Velasco* (pp. 231-262). IEP.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.
- Kozak, C. (2004). *Contra la pared: sobre graffitis, pintadas y otras intervenciones urbanas*. UBA.
- Lynch, N. (2019 [1990]). *Los jóvenes rojos de San Marcos: el radicalismo universitario de los años setenta*. (2ª ed.). UNMSM.
- Maffesoli, M. (1998). Sobre el tribalismo. *Estudios Sociológicos*, 16(46), 17-23. <https://doi.org/10.24201/es.1998v16n46.636>
- Mallon, F. (2003). Barbudos, Warriors and Rotos: The MIR, Masculinity and Power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-74. En M. Gutmann (Ed.), *Changing Men and Masculinities in Latin America* (pp. 179-215). Duke University Press.
- Martín Álvarez, A., & Rey Tristán, E. (2012). La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996: definición, caracterización y algunas claves para su análisis. *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, (9). <https://revistas.um.es/navegamerica/article/view/161591>
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (62), 193-242. <https://reis.cis.es/index.php/reis/article/view/1980>
- Matthews, S. (2001). Change and Theory in Raymond Williams's Structure of Feeling. *Pretexts: Literary and cultural studies*, 10(2), 179-194. <https://doi.org/10.1080/10155490120106032>
- Oliart, P. (2018). Politizando la educación: la reforma del año 1972 en el Perú. En C. Aguirre & P. Drinot (Eds.), *La revolución peculiar. Repensando el gobierno militar de Velasco* (pp. 167-200). IEP.
- Parodi, J. (1986). *Ser obrero es algo relativo: obreros, clasismo y política*. IEP.

- Pásara, L. (2022). *La «nueva izquierda» peruana en su década perdida. De la ilusión a la agonía*. PUCP.
- Portocarrero, F. (1970). El movimiento estudiantil en el Perú. *Revista Mexicana de Sociología*, 32(4), 1043-1054. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.1970.4.58209>
- Portocarrero, G., & Oliart, P. (1989). *El Perú desde la escuela*. Instituto de Apoyo Agrario.
- Poupeau, F. (2007). El capital militante. Intento de definición. En F. Poupeau & A. B. Gutiérrez (Eds.), *Dominación y movilizaciones. Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar* (pp. 37-44). Ferreyra Editor.
- Pretus, C., Hamid, N., Sheikh, H., Ginges, J., Tobeña, A., Davis, R., Vilarroya, O., & Atran, S. (2018). Neural and Behavioral Correlates of Sacred Values and Vulnerability to Violent Extremism. *Frontiers in Psychology*, 9. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.02462>
- Priestland, D. (2010). *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*. Crítica.
- Rénique, J. L. (2015). *Incendiar la pradera. Un ensayo sobre la revolución en el Perú*. La Sinistra Ensayos.
- Rénique, J. L. (2022). *La nación radical: de la utopía indigenista a la tragedia senderista*. La Sinistra Ensayos.
- Scott, M. B., & Lyman, S. M. (1970). *The Revolt of the Students*. Merrill Publishing Company.
- Sears, A. (2014). *The Next New Left: A History of the Future*. Fernwood Publishing.
- Staniland, P. (2014). *Networks of Rebellion: Explaining Insurgent Cohesion and Collapse*. Cornell University Press.
- Tapia, R. (1994). Pragmáticos y laboriosos: nuevas mentalidades de los trabajadores limeños. *Debates en Sociología*, (19), 119-138. <https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.199501.005>
- Torres, M. (1979). Radicalismo o izquierdismo político en el Perú. Un análisis de opiniones políticas. *Revista Mexicana de Sociología*, 41(4), 1501-1534. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.1979.4.61719>
- Traverso, E. (2018). *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*. FCE.
- Traverso, E. (2022). *Revolución. Una historia intelectual*. Akal.
- Tueros, M. (1986). Resentimiento y militancia universitaria: un estudio sobre identidad social, privación relativa y valores. *Socialismo y Participación*, (34), 19-35. <https://cedoc.sisbib.unmsm.edu.pe/biblioteca-digital/revistas/socialismo-y-participacion/34>
- Viterna, J. (2014). Radical or Righteous? Using Gender to Shape Public Perceptions of Political Violence. En L. Bosi, C. Demetriou & S. Malthaner (Eds.), *Dynamics of Political Violence: A Process-Oriented Perspective on Radicalization and the Escalation of Political Conflict* (pp. 189-216). Ashgate Publishing.
- Veldhuis, T., & Staun, J. (2009). *Islamist Radicalisation: A Root Cause Model*. Netherlands Institute of International Relations Clingendael.
- Williams, R. (2000 [1980]). *Marxismo y literatura*. (2ª ed.). Ediciones Península.